

Las instituciones latentes y el debut adolescente

Carlos Moguillansky¹

*No se trata de ascensos y caídas, progresión y desastre,
acumulación y pérdida.
...no hay curvas: hay misterio- el misterio de lo que
sucedió entre dos puntos de
una vida... de ahí la importancia de preguntarnos qué
pasó...en ese intervalo.*

Alan Pauls

Introducción

El Yo genera la creencia en una falsa ilusión de continuidad sobre la discontinua sucesión de hechos de su experiencia. Esa ilusión sostiene la posición de autor de su vida, al modo en que una sucesión de fotografías se funde en la acción sin interrupciones de un film. Esa impresión de continuidad requiere del complejo repertorio de funciones del Yo y del *Superyó*, que configuran sus múltiples vivencias en una experiencia personal, única, continua y autocentrada. La interpretación que cada persona hace de su vida está asistida tanto por la tradición interpretativa donde participa como por la contención afectiva de su familia y de su grupo. Este marco continente genera un establecido continuo ilusorio. De tanto en tanto, sin embargo, acontece una discontinuidad más notoria que las usuales, cuando la invención personal o una vivencia novedosa rompen la tradición discursiva y desalojan al sujeto de sus instituciones habituales de pertenencia.

Esas vivencias ocurren en cualquier edad o son un acontecimiento vital crítico, tal como ocurre en la transición adolescente. En ese caso, si el continente

¹ 1425 Las Heras 3745, 11 C. CABA. Telefax 5411 4801 4561. cmoguillansky@gmail.com

logra alojar la discontinuidad en su tradición y una metáfora articula el debut al resto de la experiencia psíquica, esa crisis será un salto evolutivo; pero si en cambio, la discontinuidad rompe al continente y se fractura la ilusión, la crisis será turbulenta y en ocasiones terminará en una catástrofe psíquica, cuyo resultado habitual suele ser una vivencia de ser anormal.

La encrucijada de la tradición y el debut ilumina dos aspectos de la metáfora: ella contiene el sentido del debut y lo articula con el resto de la experiencia. La discontinuidad puede producirse en las dos funciones de la metáfora, tanto si no contiene lo indecible del debut como si ella no lo articula con el resto de la vida psíquica. La producción de la metáfora es un hecho casual; sin embargo, la asistencia de un establecido que enmarque la experiencia favorece su aparición, al evitar que surja una brusca oscilación afectiva y se desencadenen las defensas de desmentida y escisión del Yo (Moguillansky, C. 2011²). Por esa razón, la transición de la latencia a la adolescencia no es tan brusca como se pensó en un inicio. Un examen de ese proceso ilustra que las grandes transformaciones de la adolescencia requieren la vigencia de los fenómenos latentes pues éstos los sostienen y contienen dentro de un ámbito emocional.

La función ritual y el sostén del juego juvenil realizado por las instituciones de la latencia son indispensables para sostener la tradición discursiva, pero no se debe olvidar que ellas se ofrecen además como ámbitos de pertenencia. Las dos funciones –tradición y pertenencia grupal– contienen el riesgo emocional de una brusca desidentificación en el intervalo entre dos sucesos de la vida. La tradición y la

² Moguillansky, C. Observaciones sobre el relato clínico: el testimonio y el efecto de verdad. controversiasonline@org.ar, 8, 2011. La desmentida y la metáfora son defensas que, aunque cooperan estrechamente en el campo de la neurosis, se excluyen entre sí y actúan en campos divergentes.

pertenencia institucional son dos dimensiones paralelas que a veces cooperan entre sí para enmarcar una aventura y en otros casos sólo son el refugio contra la misma. La inevitable impotencia que vive cada joven en la solución de sus dificultades emocionales se bifurca en distintas respuestas, que oscilan entre las estrategias del poder, que buscan el control omnipotente de la vida, y las estrategias de la potencia, que se someten al imperio del deseo. Cada uno de esos caminos no es sin consecuencias y arriba a diferentes resultados. La lealtad al deseo da como resultado una mayor cercanía con la autenticidad emocional, mientras el poder sólo conduce a la exitista destreza en la acción con un magro salario sensorial.

El debut adolescente impone un brusco y perturbador efecto de sentido que deja al joven en un estado de impotencia relativo, poniendo en suspenso su pertenencia a las instituciones latentes y su tradición discursiva, a la espera de un gesto arriesgado que lo impulse a la invención de su propia experiencia. Si esto no ocurre, el joven se refugia en su pertenencia a la institución latente y el debut que vivió queda redefinido desde ese lugar regresivo, con el que siempre pensó el mundo. El debut queda desmentido a la luz de la resistencia que surge ante su amenaza y la desidentificación del debut es desechada, reafirmando las identificaciones latentes previas.

El debut es un hecho original, que necesariamente ocurre por fuera de los ritos y las prácticas establecidas por la costumbre. Cuando él ocurre, las instituciones latentes le ofrecen un marco que lo encarrila. Arman un sostén normativo del cambio de la posición emocional del adolescente y de la brecha que surge en la continuidad de su experiencia; aportan su tradición, su acervo de identificaciones y su contención práctica del desborde juvenil. Ese ámbito amortigua

la brusca oscilación emocional de la experiencia y aporta herramientas tradicionales que el joven adolescente puede o no tomar, pero que estarán a su mano si las que él inventa no dan el resultado esperado. Cuanta menos resistencia le imponga la tradición de la institución latente a la novedad del debut, éste más podrá usarla como una trama simbólica donde sustentarse y desplegar su impulso innovador.

Los dos modos de la institución latente, progresivo y regresivo, aportan distintos estilos de aproximación y comprensión de la experiencia. Los modelos de comprensión de la copia y de la interpretación de los hechos se alternan entre sí, así como lo hacen la necesidad de pertenencia y la invención innovadora. Adherir y/o inventar, repetir y/o transformar no se excluyen entre sí, esas operaciones cooperan y suman sus efectos para sostener, aportar y contener el debut, y/o para innovar, inventar y romper continuidades (Moguillansky, C. 2007³). El proceso y el no proceso de una transformación surgen al mismo tiempo e interactúan en mutua cooperación (Bleger, J.1966⁴, Bion, W. 1965⁵); y eso no es ajeno al debut ni a la aventura adolescente. La situación de no proceso fijada deliberadamente por la institución latente contiene el caos en curso del debut.

Es posible hacer una analogía entre los fenómenos adolescentes y los que ocurren entre el proceso y el encuadre del análisis. R. Avenburg (2004⁶) señala que el caos es inevitable cada vez que se levanta una censura en un psicoanálisis. El marco y el caos son simultáneos. Al igual que el encuadre analítico, el marco del debut se produce al mismo tiempo que éste se despliega, como una serie de

³ Moguillansky, C. La invención de la experiencia. *Rev. Psicoanálisis APDEBA*. XXIX, 2. 2007

⁴ Bleger, J. (1966) Psicoanálisis del encuadre psicoanalítico. *Rev. Psicoanálisis APA*. Vol. XXIV, 2.

⁵ Bion, W. (1965) Transformaciones. Bs. As. Promolibro, 2001.

⁶ Avenburg, R. Sobre el encuadre en psicoanálisis. *Rev. Psicoanálisis APA*. Vol. XXVI, 1. 2004.

determinaciones que hacen posible su inteligibilidad y su adecuado intercambio. Esas determinaciones tienen un carácter afectivo, normativo e institucional; la usual y cotidiana presencia de esas reglas forma parte de la contención normativa del escenario del debut y es imprescindible para generar un hecho social donde tanto el joven adolescente como su entorno están implicados.

La continuidad patológica de la latencia no contribuye al desarrollo adolescente. Lo obstaculiza, desvía su curso hacia procesos caóticos o desorganizados, genera pseudo adolescencias o cristaliza leyes y actitudes de la latencia. Estas patologías latentes son efecto de la desmentida del cambio requerido por el proceso evolutivo. Cualquiera sea el caso de los desvíos, ellos se inician en la primera infancia. Las actitudes propiciatorias de una latencia prolongada forman parte de la compleja trama individual y familiar instalada en una endogamia artificial. Su continuidad se sostiene en la desmentida, su ley local idiosincrásica desafía y se aísla de la vida fáctica y emocional que podría desmontar esa escena congelada en el tiempo. Es difícil imaginar una latencia prolongada sin el sostén cómplice familiar, que contiene su aislamiento disociado y reafirma su carácter y su desmentida, encubriendo la amenaza implícita de culparlo por traicionar la promesa de permanecer dentro de la familia.

El análisis de la latencia prolongada muestra la persistencia de defensas obsesivas y de trastornos del carácter (Meltzer, D. 1998⁷), pero también es notable el predominio de las defensas de desmentida y de disociación, que generan un ámbito cristalizado y aislado de la vida grupal adolescente. Esta trama aislada de la latencia prolongada se configura sobre diferentes causas: a) sucesivos hechos

⁷Meltzer, D. *Adolescencia*. Barcelona, Spatia, 1998.

traumáticos o b) pérdidas tempranas o c) una tradición caracterológica familiar sostenida por el poder o el prestigio de los padres. Tras el afán de una continuidad cristalizada encontraremos un duelo familiar no superado o el temor juvenil a traicionar a un ser querido, necesitado o frágil para soportar el abandono. La adhesión a la tradición familiar puede combinarse con el apego a uno de los padres, con quien se establece una complicidad incestuosa cuasi marital y se conforma una folie a deux. La desmentida y la disociación están omnipresentes, como una defensa maníaca ante el dolor de pérdida –por el duelo- o ante el dolor de efracción –por el temor al futuro incierto. El protagonismo de las defensas contra el dolor deriva en las estrategias de poder: el control omnipotente, el uso de objetos inanimados o animales y la sustitución de fenómenos emocionales por destrezas y estrategias sensoriales.

En el otro extremo de la clínica también se pueden realizar algunas precisiones de orden metapsicológico. Muchos de los así llamados actos adolescentes corresponden a la proyección de una dinámica latente. En ellos se pueden observar la misma credulidad en *el ídolo que todo lo puede*, el mismo uniformismo que los incluye en una identidad tan común como externa y el mismo deseo de pertenecer a una institución latente que se ven usualmente en la segunda infancia. Esas conductas, marcadas como prototípicas de la adolescencia, en verdad son resabios latentes que conforman el escenario institucional, fijo y común a todos los jóvenes que pertenecen a él, donde ellos se desenvuelven. No hay diferencia entre la escuela, el club, el e-grupo, la barra de la esquina, el club de fans o una tribu urbana. Con sus variantes, esas instituciones sostienen la pertenencia y la acción grupal donde el joven se desarrolla. Sin embargo, no confundiremos el escenario con el drama que ocurre en su marco. En el marco tranquilizador de la institución

latente, el joven participa de un activo juego de roles sociales donde conjuga todas las variaciones de una experiencia emocional determinada y donde despliega un juego vivencial con sus pares, con un efecto similar al juego elaborador que desarrolló en su infancia.

El adolescente necesita estar con sus pares y jugar su juego grupal con la misma urgencia que sintió cuando jugó de niño. Su juego se sostiene en el ídolo, en el club, en los emblemas, en los tatuajes, en las ropas o en los lugares comunes de su lenguaje, pero no confundiremos el valor fático y asegurador de los encuentros cotidianos, que provee la institución latente, con lo que circula en cada uno de esos jóvenes cuando se dispone a jugar y a jugarse en ese juego grupal. La institución latente está para ser usada como sede de la vida grupal; ella ofrece su cotidianeidad y su marco identificador emblemático para que, dentro de ella, los adolescentes puedan jugar entre ellos. La rebeldía manifiesta del grupo juvenil a las arbitrariedades rígidas de la institución no suele ocultar su adhesión a ella, pues en ella obtiene una base de operaciones para su despliegue vincular y lúdico.

El juego y el debut

Jugar importa mucho a cualquier edad y parece tan necesario como soñar. El jugar instala en la escena lúdica algo ajeno a sí mismo. El juguete, el par, el muñeco o el objeto lúdico se ofrecen como el lugar donde representar una vivencia personal que necesita ser experimentada y conjugada en sus posibles variaciones, esto es, elaborado. La institución latente tiene un sentido manifiesto: estudiar, bailar, competir, compartir, sentirse parte de un grupo, de un club de fans o de una tribu y sostiene un sentido oculto: participar en un grupo y jugar dentro de él.

Ningún adolescente va al colegio sólo porque quiere estudiar, en rigor de verdad, muy pocos van por esa razón; pero casi todos van porque allí pueden estar con sus pares. La vida grupal sostiene un juego que elabora los efectos de sentido surgidos en la búsqueda de independencia y autonomía respecto de la vida familiar. En ese periplo de separaciones, marginaciones, segregaciones y nuevas integraciones, cada joven siente la necesaria soledad que le permite establecer su propia subjetividad y la necesaria compañía para tolerarla, compararla y vivirla como algo propio que él puede asumir. El dispositivo grupal del juego adolescente permite sentar las bases simbólicas y emocionales para que cada joven encuentre las metáforas de su propia vida sexual. Sólo si eso ocurre, se puede decir que ese joven puede atravesar con éxito su debut sexual.

El debut es el enfrentamiento con un suceso sexual original, que puede ocurrir en la vida real o en la vida psíquica, en un sueño, en una vivencia masturbatoria, en una fantasía o en un hecho sin una efectiva conexión práctica sexual. El debut genera un efecto de sentido novedoso que requiere su posterior elaboración en el terreno de las significaciones personales. Esa elaboración ya ocurre en la vida previa al debut, al ayudar a prepararse para la novedad sexual y en la vida subsiguiente, una vez que éste ocurrió. Aún así, la potencia del debut rompe con la experiencia acumulada del joven, la familia y el grupo, y ante él es necesario inventar. Se ve aquí la importancia de distinguir en la vida juvenil, si ésta apela a la copia adherente de los modelos de su institución latente o si ésta está en condiciones de interpretar la vida por sí misma e inventar la experiencia, pues de esta diferencia depende la suerte futura del debut en cada joven. La totalidad de estos hechos, prácticos, incidentales y simbólicos, sus antecedentes y sus consecuencias, son parte del acontecimiento del debut, donde acontece un reencuentro de la vivencia actual y

las marcas arcaicas del pasado. Un Acontecimiento con mayúsculas si lo pensamos en su carácter genérico y universal y un accidente incidental si lo pensamos en la vida singular de cada adolescente. Ese reencuentro es una resonancia entre inscripciones casi similares que se toman como iguales, y su resultado es un hecho de sentido que, al no tener una significación asignada, demanda un trabajo de significación y de interpretación personal, lo que en otros textos he llamado la *invención de la experiencia*. Esa invención pone en cuestión a todo el acervo simbólico del adolescente y demanda asumir un riesgo que se plasme en una decisión asumida, en un gesto arriesgado. En esa soledad se decide y se suscribe un camino a seguir, con el único sostén afectivo de los referentes personales.

Cuando el debut acontece sin una trama simbólica que permita elaborarlo, es inevitable que el joven lo experimente como la evidencia de que él es anormal (Laufer, M. & E. 1995⁸). El *break down* de su vida psíquica es el resultado fracasado del debut en un joven que no tuvo una experiencia lúdica grupal y que permaneció aislado aún estando rodeado por sus pares. A ese cuadro se lo ha llamado adolescencia aislada, aunque en verdad su trastorno es una forma severa de latencia prolongada. Es conocida la gravedad de ese suceso, que puede llevar al intento suicida. La experiencia de sentirse anormal depende del fracaso en resolver la evidencia del goce sexual propio surgido en el debut. El joven se siente anormal pues carece de la trama simbólica que podría incorporar su vivencia sexual en una significación singular, al modo de "*ésa es mi manera de experimentar el sexo*". Al contrario, ante esa vivencia, él adopta una defensa disociativa que establece una experiencia de clandestinidad. El potencial incestuoso de la fantasía sexual, activa en el debut, se transforma en una intensa culpa que lo impulsa a un sexo torturado y

⁸ Laufer, M & Laufer, E. *Adolescence and developmental breakdown*. London, Karnac, 1995.

secreto, impregnado de auto castigos –masoquismo moral- y de fantasías masoquistas (Freud, S. 1919⁹, 1924¹⁰) que lo exoneran de la culpa y de la responsabilidad por su vida sexual. Las intensas fantasías masoquistas que forman parte de la vida sexual juvenil suelen resultar la manifestación sexual de la culpa edípica, que ha sido reactivada en el debut sexual.

Los fenómenos implícitos en la institución latente y en el debut

En la vivencia de sentirse anormal se ve la cooperación de la represión primaria edípica y de las defensas de disociación y desmentida que embarcan al joven en una vida sexual clandestina. Su deseo sexual y la culpa edípica lo impulsan a vivir un sexo culposo y compulsivo; él siente que debe esconder y esconderse de los demás, pues ellos verán su anormalidad. Paulatinamente se aísla o aísla su vida sexual de todo posible intercambio, impulsado a esconder su vida sexual del *Superyó* que lo incrimina. La masturbación le resulta en sí misma una experiencia masoquista donde el joven se auto incrimina en un acto sexual secreto, en un clima similar al de los actos delictivos impulsados por la culpa. La intensa culpa es responsable de la intensidad disociativa de la vida sexual, que se abre camino a un espacio clandestino donde desmiente y disocia la brecha entre su vivencia, que el adolescente piensa anormal, y lo que él ve como *lo que se debe ser y hacer*, ese sexo normal que él supone que hacen los demás.

⁹ Freud, S. (1919) Ein Kind wird geschlagen. *Int. Zschr. für Psychoanal.* Bd. 5: 151. Pegan a un niño. *O. C.* Bs. As. Amorrortu, 1979.

¹⁰ Freud, S. (1924) Das ökonomische Problem des Masochismus. *Int. Zschr. für Psychoanal.* Bd. 10:121. El problema económico del masoquismo. *O. C. Ibíd.*

La vivencia de ser anormal es el resultado de la excesiva distancia entre lo que el joven experimentó como su respuesta singular y lo que sostenía la enciclopedia sexual de su latencia como consabido. La desmentida de la brecha es un acto de desconocimiento de su propio deseo; su deseo singular pierde el derecho a ser el que es y se vuelve un disparate, un deseo sospechoso, insensato, irregular, anormal. La falta de reconocimiento del propio deseo es obra de la rigidez institucional; ella custodia un bien tradicional y no contempla las posibles diferencias de naturaleza entre el deseo parental y el deseo juvenil. Lo que queda fuera de la tradición es anormal, loco y no debe manifestarse; debe ser excluido de las prácticas normales y condenado a la clandestinidad. Eso deja sólo pocas posibilidades como salida: el secreto de la práctica clandestina, la eliminación del sujeto de ese sexo –el suicidio descrito por los Laufer- o el desafío que conduce a un ghetto marginal. La sutura de la brecha entre la institución latente y el debut sexual exige una meticulosa negociación que tenga en cuenta el derecho a ser quien se es y a desear lo que se desea. Esa negociación está sujeta a los límites que cada institución, cada familia y cada cultura imponen entre lo normal y lo anormal, lo lícito y lo degenerado, lo humano y lo inhumano, lo legal y lo criminal.

En otros casos, la disociación del amor tierno y el amor sexual (Freud, S. 1912¹¹) ilustra el uso disociativo de lo clandestino para resolver el conflicto de la culpa edípica. No hay una mutua exclusión de las dos defensas, sino un proceso cooperativo donde ambas resuelven el impacto del debut por fuera de la vida grupal. La institución latente desmiente y disocia la percepción de la discontinuidad en su intento, a veces exitoso, de brindar amparo al juego adolescente; sin embargo,

¹¹ Freud, S.(1912) Über die allgemeinste Erniedrigung des Liebeslebens. *G.W.* Bd. 8:78-91. Sobre la completa desvalorización de la vida erótica. O. C. *Ibid.*

cuando esa estrategia evita el cambio y la transformación adolescente, su desenlace es la latencia prolongada. Una vez más se debe considerar el valor clínico, prospectivo o regresivo, de la dirección y el uso de una defensa determinada (Segal, H. 1991¹²). En función del clima emocional imperante, una misma defensa se dirige hacia la acción aloplástica transformadora o hacia la retracción regresiva y defensiva. La impotencia para resolver los hechos emocionales puede ser el punto de partida de una estrategia de poder –cuyo control omnipotente busca el dominio de la vida psíquica- o de una estrategia de potencia –que se somete al imperio del deseo y puede tolerar la espera de una solución metafórica para su malestar. La magnitud del dolor parece ser el factor que decide hacia donde se inclina el fiel de la balanza defensiva. En esa encrucijada radica la diferencia entre el futuro predominio de la desmentida o de la represión, según qué dirección adopte la defensa.

La institución latente, el debut y las creencias

Entre las instituciones latentes y el debut hay una relación de implicación mutua. La institución requiere una continuidad que el debut rompe y a su vez, el debut requiere del marco institucional para que la novedad de su despliegue no termine en la catástrofe de una anomalía o en una adolescencia fallida. Se ha repetido que la latencia normal es el cimiento de una adolescencia normal, aunque las razones de ese argumento no son claras aún y se necesita estudiar los fenómenos latentes implicados en la transición adolescente. El camino inesperado de las relaciones del rito y el juego arroja alguna luz sobre esos hechos. Agamben (2005¹³) estudió la alternancia del juego y el rito como procedimientos para resolver

¹² Segal, H. *Dream, phantasy and art*. London, Routledge, 1991.

¹³ Agamben, G. *Profanaciones*. A Hidalgo, Bs. As. 2005.

la crisis de una creencia, cuando ésta es conmovida por un acontecimiento. En la práctica, de eso se trata cuando una crisis marca una transición en la vida. La crisis de lo instituido genera la crisis paralela de las creencias del usuario de esa institución.

Agamben sostiene que la crisis de las creencias se traduce en una cuestión con lo sagrado. Siguiendo su ironía, bastaría decir que hasta el lenguaje es una institución o, en sus palabras, un dispositivo, *"en el que hace miles de años un primate – probablemente sin darse cuenta de las consecuencias – tuvo la inconciencia de dejarse capturar"* (2007¹⁴). La presencia de lo sagrado en una institución permite estudiar fenómenos que parecen dispersos, pero guardan una íntima relación entre sí. El sacrificio, las creencias, el duelo, la desmentida y la disociación del Yo tienen más puntos de contacto y forman parte de procesos más complejos que lo que se ha pensado. Esos procesos son intensos y evidentes en el debut, pero forman parte de la experiencia de la vida en cualquier edad, cuando una crisis pone a alguien frente a sí mismo. Si la conmoción institucional es muy profunda, se sacuden las creencias más consuetudinarias y lo sagrado que había quedado por fuera del intercambio gana fuerte implicación y se reaviva como una variable más de la vida. Esa reactivación reanima sacrificios y ritos como un modo de asegurar la calma.

El sacrificio es una donación gratuita de algo propio a alguien a quien se aplaca en su deseo, en su rencor vengativo o en su posible persecución, ofreciéndole con ella la posibilidad de un posible goce. Ese sacrificio incluye el pago de una deuda por la culpa de vivir, desear o estar en paz. La cuestión de la deuda ha llevado a

¹⁴ Agamben, G. *¿Qué es un dispositivo?* <http://libertaddepalabra.tripod.com/id11.html> 2007.

estudiar el sacrificio en relación a la obsesión. El sacrificio también se asocia al duelo por un ser que sufrió, murió, va a morir o está en una condición dolorosa que implica al deudo en su respuesta. En ese caso surgen la donación, la promesa, el rito o cualquier otra orden de pago que aplaque el reclamo pasado, actual o futuro. El sacrificio, como en el mito de Abraham e Isaac, ofrenda lo más amado a quien exige una entrega plena, como un acto de sumisión, de reconocimiento o de amor. Un acto que, en todo caso, es el debido tributo de un ser inferior a un ser superior. Ese ser superior, figurado como divino, es la representación de del reclamo posesivo de un *Superyó* celotípico a un *Yo* que no puede subsistir sin su amor y su protección, tan necesitados como temidos. El sacrificio es una negociación dentro de un estado de temor que bordea el significado del pago de una protección a un ser *que exige el tributo para que él nos proteja de él* y del terror que puede inspirar (Meltzer, D. 1973¹⁵), pues el *Superyó* arcaico se comporta como un mafioso.

El sacrificio supone una creencia que paga la demanda de su deuda. El receptor del sacrificio demanda aunque no esté vivo y es tratado como si lo estuviera. El podrá reclamar la deuda en una suerte de juicio final. La desmentida implícita en la creencia genera un doble saber contradictorio: el saber que ella no es posible y la duda persistente en que ella se hará efectiva en algún momento. "*No es cierto, pero aún así...*" como nos lo diría Mannoni (1979¹⁶). Las creencias son universales en el psiquismo humano y sus formas constitutivas también lo son. No debe extrañar entonces que la desmentida y la escisión del *Yo* sean tan usuales como lo es la represión en la configuración psíquica y que participen en igual medida en la confección de las defensas y fantasías –que, por otro lado, son creencias en sí

¹⁵ Meltzer, D. *Sexual States of Mind*, Clunie Press., Perthshire, 1973. *Estados sexuales de la mente*, Bs. As. Kargieman, 1974.

¹⁶ Mannoni, O. Ya lo sé, pero aún así. *La otra escena. Claves de lo imaginario*. Bs. As. Amorrortu, 1979.

mismas, tal como lo son las teorías sexuales infantiles (Freud, S. 1908¹⁷). Tanto en la fantasía sexual como en la defensa psíquica el duelo y la sumisión a la autoridad son dos caras del mismo proceso. Freud señaló en sus estudios vinculados con el sepultamiento del *Complejo de Edipo* y la formación del *Superyó* (Freud, S. 1923¹⁸, 1924¹⁹) que el *Superyó* ama al *Yo*, dirime su estima y genera sentimientos de culpa, sean éstos: persecución, culpa, terror, temor, pena o deseo de ser castigado (Freud, S. 1924²⁰, Meltzer, D. 1973²¹).

La intersección de la sumisión y el duelo en la resolución edípica pone en juego la cuestión de un resto corporal, una parte simbolizada del cuerpo erógeno, que puede intervenir como una moneda fálica de negociación en el *Complejo de castración* y en el proceso mismo del duelo (Allouch, J. 1997²²). Ese resto corporal puede, sin embargo, devenir una concreción literal y producir un resultado patológico. Sus variados destinos forman parte de las manifestaciones de la latencia prolongada, piénsese en la anorexia, en la cleptomanía, en el fetichismo de la institución latente o en las adicciones. El resto se alza al lugar de una moneda literal y práctica que circula, se posee o se intercambia como una resolución del conflicto de lealtad y traición con el *Superyó* latente y con las figuras prácticas, parentales o amistosas, que lo encarnan.

¹⁷ Freud, S. Über infantile Sexualtheorien. *G. W. Bd. 7:19-27*. Sobre las teorías sexuales infantiles. *O. C.* Bs. As. Amorrortu, 1979.

¹⁸ Freud, S. *Das Ich und das Es*. Wien, 1923. El Yo y el ello. *O. C.* *Ibíd.*

¹⁹ Freud, S. (1924) Der untergang des Ödipuskomplexes. *Int. Zschr. für Psychoanal.* Bd.10:245. El sepultamiento del Complejo de Edipo. 1924. *O. C.* *Ibíd.*

²⁰ Freud, S. (1924) *Ibíd.*

²¹ Meltzer, D. *Ibid.*

²² Allouch, J. *Érotique du deuil au temps de la mort sèche*. E. P. E. L. 1997. *Erótica del duelo en tiempos de la muerte seca*. Bs. As. Ediciones Literales, 2011.

Sin embargo, estas observaciones extremas llevan a un tema más interesante aún, pues ilustran que la latencia es un fenómeno donde la disociación y la desmentida juegan un papel central junto a la represión. Klein describió el papel de las defensas disociativas y maníacas en la latencia y en la pubertad. Luego, Meltzer en su *Seminario de Novara* (1998²³) advirtió que en la latencia no sólo se instala la represión primaria del *Complejo de Edipo*, sino que se despliega una intensa disociación de la vida psíquica, que se plasma en la creencia de una escena primaria omnisciente. La disociación puede ser simplemente una defensa que continúa la labor de la represión o tener un carácter muy severo si esa creencia acompaña a la desmentida de la sexualidad; un hecho relativamente frecuente en la latencia prolongada, como ya se ha discutido. Ese papel se reconoce en la vigencia de las creencias, a veces esotéricas, que pueblan la imaginación latente. Sin embargo, las creencias que importan en esta descripción son las que están reprimidas secundariamente. Ellas sostienen el sacrificio con los personajes de la vida práctica investidos como un *Superyó* celotípico. No creo necesario aportar material, pues todos conocen la clínica de la promesa y de la traición con un familiar o amigo íntimo. Estas relaciones, que pueden describirse como narcisistas, tienen un interés psicopatológico particular en la clínica del poder y del hastío, siempre presente en las adicciones y en las conductas impulsivas.

cmoguillansky@gmail.com

Bibliografía

.AGAMBEN, G. *Profanaciones*. Bs. As. A Hidalgo, 2005.

²³ Meltzer, D. *Ibíd.*

- AGAMBEN, G. *¿Qué es un dispositivo?* [://libertaddepalabra.tripod.com/id11.html](http://libertaddepalabra.tripod.com/id11.html) 2007.
- ALLOUCH, J. *Érotique du deuil au temps de la mort sèche*. E. P. E. L. 1997. *Erótica del duelo en tiempos de la muerte seca*. Bs. As. Ediciones Literales, 2011.
- AVEMBURG, R. Sobre el encuadre en psicoanálisis. *Rev. Psicoanálisis APA*. Vol. XXVI, 1. 2004.
- BLEGER, J. (1966) Psicoanálisis del encuadre psicoanalítico. *Rev. Psicoanálisis APA*. Vol. XXIV, 2.
- BION, W. (1965) Transformaciones. Bs. As. Promolibro, 2001.
- FREUD, S. (1912) Über infantile Sexualtheorien. *GW*. Bd. 7:19-27. Sobre las teorías sexuales infantiles. O. C. Bs. As. Amorrortu, 1979.
- FREUD, S. (1912) Über die allgemeinste Erniedrigung des Liebeslebens. *GW*. Bd. 8:78-91. Sobre la completa desvalorización de la vida erótica. O. C. *Ibid*.
- FREUD, S. (1919) Ein Kind wird geschlagen. *Int. Zschr. für Psychoanal*. Bd. 5: 151. Pegan a un niño. O. C. *Ibid*.
- FREUD, S. *Das Ich und das Es*. Wien, 1923. El Yo y el ello. O. C. *Ibid*.
- FREUD, S. (1924) Der untergang des Ödipuskomplexes. *Int. Zschr. für Psychoanal*. Bd.10 :245. El sepultamiento del Complejo de Edipo. 1924. O. C. *Ibid*.
- FREUD, S. (1924) Das ökonomische Problem des Masochismus. *Int. Zschr. für Psyc..* Bd. 10:121. El problema económico del masoquismo. O. C. *Ibid*.
- LAUFER, M & LAUFER, E. *Adolescence and developmental breakdown*. London, Karnac, 1995.
- MANONNI, O. Ya lo sé, pero aún así. *La otra escena. Claves de lo imaginario*. Bs. As. Amorrortu, 1979.
- MELTZER, D. *Sexual States of Mind*, Perthshire, Clunie Press. 1973. *Estados sexuales de la mente*, Bs. As. Kargieman, 1974.
- MELTZER, D. *Adolescencia*. Barcelona, Spatia, 1998.
- MOGUILLANSKY, C. La invención de la experiencia. *Rev. Psicoanálisis APDEBA*. XXIX, 2. 2007
- SEGAL, H. *Dream, phantasy and art*. London, Routledge, 1991.